

na; la santificación del trabajo; la relación entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial; la unidad de vida; el carácter vocacional del matrimonio; la bondad original del mundo y la historia como proceso para reconstruir, después del pecado, la ordenación a Dios de todas las cosas.

Voces relacionadas: Fe; Formación; Consideración general; Iglesia; Libertad.

Bibliografía: Francesc CASTELLS I PUIG, “Gli studi di teologia di san Josemaría Escrivá”, *SetD*, 2 (2008), pp. 105-144, versión castellana en “Los estudios de teología de San Josemaría Escrivá”, *AnTh*, 24 (2010), pp. 327-360; Cornelio FABRO, “El primado existencial de la libertad”, en Pedro RODRÍGUEZ - Pío G. ALVES DE SOUSA - José Manuel ZUMAQUERO (dirs.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50 aniversario de su fundación*, Pamplona, EUNSA, 1985², pp. 341-356; Lucas Francisco MATEO-SECO, “Teología y Espiritualidad”, *ScrTh*, 25 (1993), pp. 155-174; Fernando OCÁRIZ, “El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y la Teología”, *ScrTh*, 26 (1994), pp. 977-991; María del Pilar RÍO, “Piedad, doctrina y unidad de vida a la luz de las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá”, en *GVQ*, V/1, pp. 271-311.

Fernando OCÁRIZ

TIBIEZA

1. Significado. 2. Síntomas. 3. Causas.
4. Remedios.

Como de otros asuntos que atañen a la experiencia cristiana, san Josemaría se ocupó frecuentemente de la tibieza en sus escritos y su predicación. El modo de enfocar esta enfermedad de la vida espiritual no es filosófico ni teológico-dogmático, sino espiritual y pastoral. Por eso, cuando dedica un capítulo entero de *Camino* a este tema (cfr. C, 325-331), el autor no se detiene a ofrecer una definición de tibieza, sino que sólo expone con penetración psicológica y corazón de Pastor un conjunto de actitudes interiores del alma que se en-

cuentra en ese estado. La aportación de san Josemaría debe, pues, buscarse en la sabiduría para descubrir las manifestaciones y las causas de la tibieza, y los remedios que permiten superarla.

1. Significado

¿Qué se entiende por tibieza? “La tibieza es una vacilación o negligencia en responder al amor divino; puede implicar la negación a entregarse al movimiento de la caridad. La acedia o pereza espiritual llega a rechazar el gozo que viene de Dios y a sentir horror por el bien divino” (CCE, n. 2094).

San Josemaría, que no gustaba de la distinción rígida entre ascética y mística, habla de la tibieza en relación a la santidad que, con independencia del diferente estado de vida, es la misma para todos los cristianos. De ahí que, en vez de referirse a este o aquel grupo de personas que atraviesan una determinada etapa de la vida interior, prefiera dirigirse a cada uno de sus lectores u oyentes para que éste o ésta no se deje deslizar por la pendiente suavemente inclinada que conduce a la pérdida de amor. La tibieza es, en efecto, según san Josemaría, uno de los principales obstáculos para la santidad, pues se opone de forma más o menos solapada al amor divino. A tal conclusión llega a través de la meditación de dos textos de la Sagrada Escritura, tomados respectivamente del Cantar de los Cantares (2, 15) y del Apocalipsis (3, 16). Al comentar el primer texto, san Josemaría escribe: “Los pecados veniales hacen mucho daño al alma. –Por eso, «capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas», dice el Señor en el «Cantar de los Cantares»: cazad las pequeñas raposas que destruyen la viña” (C, 329); al comentar el segundo, pone en guardia contra esta enfermedad del espíritu, que tanto desagrade a Dios: “Lucha contra esa flojedad que te hace perezoso y abandonado en tu vida espiritual. –Mira que puede ser el principio de la tibieza...,

y, en frase de la Escritura, a los tibios los vomitará Dios” (C, 325).

Por ser la tibieza una enfermedad del alma, san Josemaría indica los síntomas que la revelan. De este modo, es posible detectarla antes de que comience a echar raíces.

2. Síntomas

Aunque los textos de san Josemaría no presentan divisiones rígidas, sus textos dan a entender que puede darse un crecimiento en la tibieza, con síntomas cada vez más graves. Entre esos síntomas que indican un empezar a caer en la tibieza están, por ejemplo, la frivolidad en el comportamiento, es decir, valorar en poco la vocación cristiana (cfr. C, 17), la flojera en la lucha interior (cfr. C, 325) y una dedicación oficial y seca, sin vibración, a los propios deberes (cfr. F, 930). De todos modos, el síntoma que, según san Josemaría, es el más peligroso, consiste en descuidar lo pequeño, pues el alma tibia desciende lentamente –casi sin percibirlo– en el nivel de su entrega a Dios: “Oigamos al Señor, que nos dice: *quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho, y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho*. Que es como si nos recordara: lucha cada instante en esos detalles en apariencia menudos, pero grandes a mis ojos; vive con puntualidad el cumplimiento del deber; sonríe a quien lo necesite, aunque tú tengas el alma dolorida; dedica, sin regateo, el tiempo necesario a la oración; acude en ayuda de quien te busca; practica la justicia, ampliándola con la gracia de la caridad” (ECP, 77).

Si no se reacciona con fortaleza esos síntomas pueden cristalizar y hacer que el alma pierda el deseo de ser santa (cfr. C, 326), experimentando una escasa resistencia ante las tentaciones, la desgana en la lucha (cfr. C, 327), la indiferencia y la falta de dolor ante los pecados veniales, que ahora con mucha frecuencia se cometen (cfr. C, 330).

San Josemaría desenmascara las disculpas que la persona que ha entrado en el camino de la tibieza puede poner para justificar la falta de lucha. A veces, los remordimientos se camuflan de escrúpulos (cfr. S, 132); otras veces, la rabia y desazón en la lucha se interpretan como la confirmación de que la victoria es imposible (cfr. S, 146); otras, se unen la pereza y la presunción, pues se pretende llegar a ser santo sin esforzarse lo más mínimo: “Con un alma tímida, encogida, perezosa –escribe–, la criatura se llena de sutiles egoísmos y se conforma con que los días, los años, transcurran *sine spe nec metu*, sin aspiraciones que exijan esfuerzos, sin las zozobras de la pelea: lo que importa es evitar el riesgo del desaire y de las lágrimas. ¡Qué lejos se está de obtener algo, si se ha malogrado el deseo de poseerlo, por temor a las exigencias que su conquista comporta!” (AD, 207). No hay que confundir, sin embargo, la aridez interior con la desazón que nace de la tibieza. San Josemaría, buen conocedor de las almas, distinguía entre ambos estados a partir de sus frutos, pues en la sequedad no se abandona la lucha sino que se intensifica, mientras que en la tibieza uno se deja llevar por la pereza y desesperanza.

Esta situación de desgana, apatía y desabrimiento interior es manifestación clara de un corazón que, perdida la caridad inicial, se está volviendo incapaz de amar. El que atraviesa por ese estado puede tal vez pensar que sigue queriendo ser santo, pero en realidad no es así, pues su querer es un querer sin querer: “No quieres ni lo uno –el mal– ni lo otro –el bien–... Y así, cojeando con entrambos pies, además de equivocar el camino, tu vida queda llena de vacío” (S, 540). De ahí la gravedad de la tibieza, pues el desabrimiento interior puede impulsar al alma al abandono de Dios. San Josemaría había sido testigo de algunas defecciones dolorosas debido a esta enfermedad espiritual: “Hay corazones duros, pero nobles, que –al acercarse al calor del Corazón de Jesucristo– se derriten como el

bronce en lágrimas de amor, de desagravio. ¡Se encienden! En cambio, los tibios tienen el corazón de barro, de carne miserable... y se resquebrajan. Son polvo. Dan pena. Di conmigo: ¡Jesús nuestro, lejos de nosotros la tibieza! ¡Tibios, no!” (F, 490). Si no hay una conversión profunda, la tibieza puede conducir a la muerte del alma; a veces, a menos que haya una decisiva acción de la gracia, de forma definitiva.

3. Causas

Frente a lo que ocurre en la naturaleza, en donde la causa se diferencia perfectamente de su efecto, en el alma humana no es fácil distinguir entre manifestaciones y causas. En efecto, la pasividad frente a la gracia (cfr. C, 18) y el descuido de la vida de piedad (cfr. F, 936) pueden juzgarse indistintamente como manifestación o como causa de la tibieza. De todas formas, teniendo en cuenta que la tibieza nace del enfriamiento en el amor a Dios, la rutina parece ser una de sus principales causas. “Necesito prevenirte todavía contra el peligro de la rutina –verdadero sepulcro de la piedad–, que se presenta frecuentemente disfrazada con ambiciones de realizar o emprender gestas importantes, mientras se descuida cómodamente la debida ocupación cotidiana” (AD, 150).

La razón de que la rutina sea una de las principales causas de la tibieza se debe al hecho de que no es posible perseverar en los propósitos siendo mediocres en el amor, por lo menos de modo permanente. Por ser Dios Caridad infinita que se entrega completamente, exige una respuesta total. Cuando la persona se acostumbra a una vida interior gris y anodina en la que sólo en raros momentos tiende a la santidad, termina por cumplir los deberes espirituales, familiares, profesionales y sociales con falta de rectitud de intención, más por miedo o interés propio que por el bien de las almas. “Es una equivocación pensar –escribe san Josemaría– que las expresiones *término medio* o *justo medio*, como algo

característico de las virtudes morales, significan mediocridad: algo así como la mitad de lo que es posible realizar. Ese medio entre el exceso y el defecto es una cumbre, un punto álgido: lo mejor que la prudencia indica. Por otra parte, para las virtudes teologales no se admiten equilibrios: no se puede creer, esperar o amar demasiado. Y ese amor sin límites a Dios revierte sobre quienes nos rodean, en abundancia de generosidad, de comprensión, de caridad” (AD, 83).

Por ese motivo, san Josemaría sentía un gran dolor cuando veía que un alma no se esforzaba por vencer el acostumbramiento. Para impedirlo repetía con fuerza una exclamación con la que espoleaba a las almas, sobre todo cuando éstas se conformaban con ir tirando o creían estar haciendo mucho por Dios: “¡más, más!”, repetía, invitando así a no pensar nunca que ya ha crecido bastante el amor a Dios. Comparaba la rutina con el mal sueño de algunos personajes del Evangelio y con cómo Jesús deseaba despertar a los que estaban amodorrados: “A veces, cara a esas almas dormidas, entran unas ansias locas de gritarles, de sacudirlas, de hacerlas reaccionar, para que salgan de ese sopor terrible en que se hallan sumidas. ¡Es tan triste ver cómo andan, dando palos de ciego, sin acertar con el camino! –Cómo comprendo ese llanto de Jesús por Jerusalén, como fruto de su caridad perfecta...” (S, 210).

La falta de una lucha decidida por amar a Dios puede transformar paulatinamente los grandes ideales de donación y de servicio a las almas, en un estado de *aburguesamiento*, es decir, en un modo de vivir egoísta, cómodo y superficial, que pone en el centro el propio yo y huye de todo lo que signifique sacrificio. El *aburguesamiento* se opone radicalmente a la vida del cristiano, pues –como escribe san Josemaría– “Jesús se entregó a Sí mismo, hecho holocausto por amor. Y tú, discípulo de Cristo; tú, hijo predilecto de Dios; tú,

que has sido comprado a precio de Cruz; tú también debes estar dispuesto a negarte a ti mismo. Por lo tanto, sean cuales fueren las circunstancias concretas por las que atravesemos, ni tú ni yo podemos llevar una conducta egoísta, aburguesada, cómoda, disipada..., –perdóname mi sinceridad– ¡necia!” (AD, 129). En el fondo, ante el tibio, el rostro de Jesús se va desdibujando hasta terminar por ser una figura de rasgos poco definidos que, lejos de enamorar, deja indiferente (cfr. FERNÁNDEZ-CARVAJAL, 2006, p. 38).

4. Remedios

Para salir de la tibieza, san Josemaría aconseja diversos remedios. En primer lugar, la humildad para reconocer la pobreza y la miseria del propio estado interior. Son importantes para eso los exámenes de conciencia, que permiten desvelar las faltas, dolerse profundamente de los fallos y recomenzar con renovado amor. El hecho es –como afirma san Josemaría– que “nos acecha un potente enemigo, que se opone a nuestro deseo de encarnar acabadamente la doctrina de Cristo: la soberbia, que crece cuando no intentamos descubrir, después de los fracasos y de las derrotas, la mano bienhechora y misericordiosa del Señor” (ECP, 77). Por eso, es mediante la gracia de una confesión contrita como el alma se purifica de todas aquellas faltas cometidas por tibieza, encendiéndose en deseos de amar a Dios y al prójimo. El sacramento de la Penitencia es también el mejor remedio para evitar abusar de las gracias y ser dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo.

En segundo lugar, el temor filial de ofender a Dios. “–Dí conmigo: ¡no quiero tibieza!: «confige timore tuo carnes meas!» –¡dame, Dios mío, un temor filial, que me haga reaccionar” (C, 326). El ejemplo de Jesucristo, que no se conformó con un asentimiento titubeante al querer del Padre sino que entregó su vida en perfecto holocausto, espolea el alma a caminar deci-

didamente, sin tomarse vacaciones o permitirse ciertas concesiones que dificultan la andadura impidiendo seguirlo de cerca. Cuando la pérdida del sentido sobrenatural amenaza con borrar de la mente y del corazón la figura de Dios Padre, san Josemaría sugiere hacer lo siguiente: “ponte con sinceridad delante del Señor: piensa si no te habrás hastiado de luchar siempre en lo mismo, porque no buscabas a Dios; mira si ha decaído –por falta de generosidad, de espíritu de sacrificio– la perseverancia fiel en el trabajo. Entonces, tus normas de piedad, las pequeñas mortificaciones, la actividad apostólica que no recoge un fruto inmediato, aparecen como tremendamente estériles” (AD, 150). Hay, pues, que reaccionar de forma que la decisión de crecer en la vida espiritual lleve a vivir con seriedad los deberes y tareas de la vida ordinaria, llegando hasta ese cuidado de las cosas pequeñas por amor (cfr. C, 813 ss.), que tanto recordó san Josemaría.

En tercer lugar, y acompañando desde el primer momento a los dos remedios anteriores, la vida de oración y la diligencia para tratar con esmero todo lo que se refiere a Dios, ya que la esencia de la tibieza hay que ponerla en relación con la falta de devoción, mientras, que “por el contrario, la santidad del cristiano está en el amor y en la *devotio*, es decir, en la fe amorosa, en el amor creyente” (RODRÍGUEZ, 1974, p. 141).

Por último, el remedio de los remedios, es decir, la petición a la Santísima Virgen, a quien san Josemaría tenía una tierna devoción filial. La experiencia personal, propia y ajena, le había enseñado que “a Jesús siempre se va y se «vuelve» por María” (C, 495). De ahí que también en el caso de la tibieza recomendara acudir a Ella: “el amor a nuestra Madre será soplo que encienda en lumbre viva las brasas de virtudes que están ocultas en el rescoldo de tu tibieza” (C, 492).

Voces relacionadas: Cosas pequeñas; Lucha ascética; Penitencia, Virtud y sacramento de la.

Bibliografía: C, 325-331; André BOLAND, “Tié-deur”, en DSp, XV, cols. 918-935; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseña de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, III, Madrid, Rialp, 2013, pp. 409-420; FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL, *Donde duerme la ilusión. La tibieza*, Madrid, Palabra, 2006; José Luis ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007; Pedro RODRÍGUEZ, *Fe y vida de fe*, Pamplona, EUNSA, 2013⁴.

Antonio MALO PÉ

TORRECIUDAD

1. Enfermedad, curación y ofrecimiento a la Virgen. 2. El nuevo impulso a la devoción a la Virgen de Torreciudad. 3. La romería de abril de 1970. 4. Dones del fundador al santuario. 5. Torreciudad en su correspondencia y sus tertulias. 6. La romería de mayo de 1975.

Nuestra Señora de Torreciudad era venerada en su ermita –en el término municipal de Bolturina, provincia de Huesca– al menos desde el año 1084. Su devoción se mantenía en muchos pueblos de Sobrarbe y Ribagorza, y algunos del Somontano de Barbastro y Cinca Medio. Era uno de los tres santuarios supracomarciales de la diócesis de Barbastro, junto con los de Guayente –Sahún– y El Pueyo –Barbastro–. Algunos pueblos, como Fonzo, acudían anualmente en romería hasta la ermita, que contaba con una pequeña hospedería. Otras muchas personas acudían en acción de gracias por diferentes curaciones –“abogada del mal del corazón y alferecía”– o en petición de favores. El año jubilar de 1900 contribuyó al mantenimiento y fortalecimiento de esta devoción.

1. Enfermedad, curación y ofrecimiento a la Virgen

En 1904 hubo una epidemia en la ciudad de Barbastro. Algunos testimonios de la época hablan genéricamente de meningitis, aunque las autoridades municipales

se refieren a un brote de sarampión. Tuvo su momento álgido en los meses de noviembre y diciembre. Fallecieron unos cincuenta niños. También el pequeño Josemaría Escrivá cayó gravemente enfermo y fue desahuciado por los médicos Ignacio Camps Valdovinos, médico de cabecera, y Santiago Gómez Lafarga, médico homeópata. Los padres de Josemaría rezaron a la Virgen pidiendo su curación, que se obtuvo de forma inesperada. Su madre doña Dolores Albás le recordó este suceso en diversas ocasiones: “Hijo mío, para algo grande te ha dejado en este mundo la Virgen, porque estabas más muerto que vivo”. Los padres cumplieron la promesa y peregrinaron en acción de gracias a Torreciudad (cfr. ÁNCHEL, 2002, p. 631; IBARRA, 2004, p. 40). En un principio, se situó esta romería de acción de gracias en el año 1904. Estudios posteriores han llevado a pensar que tuvo lugar en la primavera de 1905 (cfr. IBARRA, 2004, p. 41; ÁNCHEL, 2002, p. 632) o en otoño del mismo año, y que la salida se realizó desde Fonzo y no desde Barbastro (cfr. ÁNCHEL, 2005, pp. 503-504).

2. El nuevo impulso a la devoción a la Virgen de Torreciudad

El 3 de abril de 1956, en una carta que san Josemaría escribió al deán de Barbastro, don Francisco Izquierdo Trol, le pidió: “Agradeceré que me diga si existe, dentro de esa diócesis, un santuario o ermita de Nuestra Señora de Torreciudad o Torre Ciudad. En caso afirmativo, no deje de enviarme cuantos datos pueda”. Poco después, el alcalde de Barbastro, José María Nerín, le envió el librito de Benito Torrellas titulado *La Santísima Virgen en la provincia de Huesca*. El fundador escribió en la hoja correspondiente a la Virgen de Torreciudad: “A esta ermita me llevó mi madre, después de mi curación, cuando yo tenía un par de años; porque –repetía siempre– desahuciado por los médicos, me curó la Santísima Virgen”.

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.